



El tejo rojo

**El**  
**misterio**  
**de Vorana**



JULIÁN ARRIBAS

 DYLAR

2



**C**uando Edu les dijo a sus amigos que pasaría el verano en un pueblecito lejano, todos le preguntaron por qué. Edu intentó explicarlo de la siguiente manera:

—Mi madre está enferma de los pulmones. El médico le ha dicho que debe respirar aire puro.

Pero la explicación de Edu no fue convincente, y los amigos insistieron:

—¡Vaya! ¿Tienes que irte ahora que llega el verano? —se lamentó un amigo.

—Pues que se vaya tu madre y tú te quedas aquí con tu padre —propuso otro.

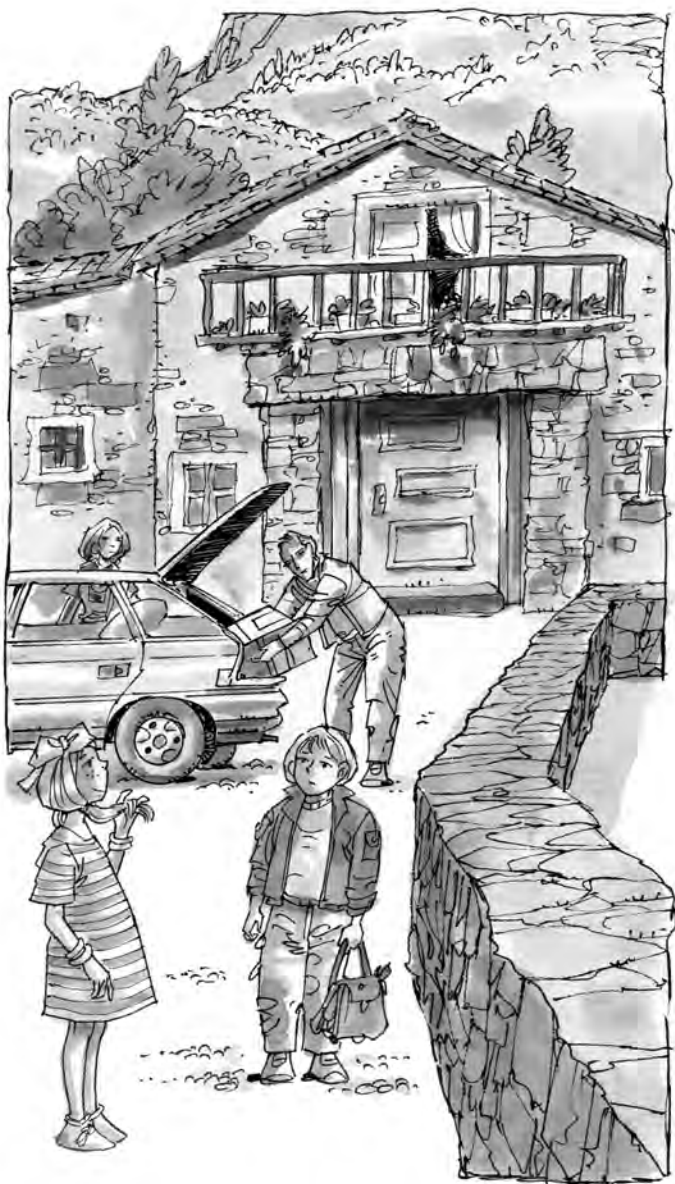
Pero ninguna idea era buena para Edu.

—Mi padre ha alquilado una casa en

Vorana, un pueblecito perdido en las montañas —dijo Edu—. Como es maestro, tiene vacaciones los dos meses de verano. Dice que las pasaremos los tres juntos. Me ha explicado que la familia es demasiado importante como para separarse, aunque solo sea por un par de meses.

Y así fue como Edu se despidió de sus amigos hasta después del verano.

En efecto, el pueblo estaba perdido en las montañas. ¡Y tan perdido como estaba! Completamente rodeado por la naturaleza, eso sí: montañas y montañas..., árboles y árboles..., pero no había cine, ni sala de juegos, ni parques con bancos donde poder sentarse durante toda una tarde charlando con los amigos y comiendo pipas. Es más, tampoco había pipas. Solo montañas y montañas..., árboles y árboles... Y, por si fuera poco, tampoco había niños. En Vorana solo vivía una niña que a Edu ya le cayó mal desde el primer momento en que la vio. Fue el día que llegó al pueblo. Edu y sus padres estaban descargando las maletas del coche cuando apareció aquella niña pelirroja, llena de pecas y vestida con una camiseta de rayas rojas y blancas que



le llegaba hasta las rodillas. No paraba de ensortijarse el pelo con los dedos y hablaba de una manera presuntuosa, como si lo supiera todo.

—Hola, Edu —dijo la niña—. Yo soy Carla. Estaba esperándote. He oído decir que este verano vendría un niño a Vorana.

Había dos cosas que a Edu no le gustaron nada: que Carla supiera que le llamaban Edu, y que dijera que estaba esperándolo. ¿Cómo podía saber aquella pipiola su nombre y que pasaría allí el verano? Edu no soportaba que Carla supiera cosas de él sin saber él nada de ella. No, no lo soportaba. Se sentía ridículo. Por eso se convenció de que Carla era una niña repelente, una niña que se pensaba que lo sabía todo, es decir, una sabelotodo. Además, si se hacía amigo de ella, sus padres creerían que disfrutaba de las vacaciones y no dudarían en regresar a Vorana al verano siguiente. Por lo tanto, tenía que demostrar a sus padres que Vorana era el peor lugar para pasar un verano. De ninguna manera se haría amigo de Carla, a pesar de que ella no paraba de saludarlo en cuanto sacaba la cabeza por la puerta.

Edu había acabado el curso con unas notas muy buenas. Todos los maestros que le habían dado clase lo habían felicitado y sus padres estaban contentísimos, pero un verano sin amigos era peor que si hubiera suspendido el curso. ¿De qué le servían las buenas notas si no tenía con quien jugar?

Edu pasaba muchas horas en casa y no le importaba ayudar a su madre: tenía la ropa que ella lavaba, la recogía, la acompañaba a la tienda y a comprar el pan. ¿Qué más podía hacer? Su padre se pasaba el día leyendo. Por la mañana leía el periódico y, por la tarde, novelas policíacas, que eran sus preferidas. Su madre preparaba la comida por la mañana, hacía la siesta después de comer y, por la tarde, se iba a pasear por el pueblo. Todos los días eran iguales y las conversaciones se repetían siempre:

—¡Ah! ¡Esto sí que es vida, María!  
—decía su padre—. Ya tenía ganas de tener tiempo para poder leer una buena novela tranquilamente.

—Yo me voy a dar vueltas por el pueblo, José, que el ejercicio me abre los pulmones —decía su madre.

Y Edu vocalizaba las palabras que siempre añadía su padre:

—Pues darás muchas vueltas, ya que el pueblo es muy pequeño.

María y José estaban muy orgullosos de su hijo y les gustaba hablar de él a los amigos.

—Es un chico muy simpático —solía comentar María—, y tiene muy buenos modales. Además, es muy guapo. Ha heredado la belleza de su abuelo materno.

—Es un chico muy inteligente —decía su padre—, y saca muy buenas notas. Además, le gusta leer, como a mí.

La verdad es que Edu no se parecía a su abuelo, como decía su madre, ni le gustaba leer, como decía su padre, pero sí que es cierto que era simpático, educado e inteligente. Ahora bien, se aburría más que un pez en una pecera.

La única cosa que lo entretenía era tomar el fresco por las noches. Después de cenar, sacaban las hamacas a la calle y su padre le explicaba cosas sobre las estrellas. Edu se distraía un poco, aunque todas las noches su padre le hablaba de las mismas estrellas, como si no conociera más:

—Mira, hijo. Aquella lucecita es la Estrella Polar. Aquella constelación se llama Casiopea. Aquello de allá es el planeta Venus y esa luz que cruza el cielo es... un avión.

Después de charlar sobre las estrellas, las constelaciones, los planetas y... los aviones, se iban a dormir. Entonces, Edu se dejaba caer sobre la cama, miraba por la ventana y pensaba: "Un día menos para que comience el colegio".

Una de aquellas noches, con una luna llena que lo iluminaba todo, Edu se quedó despierto observando un murciélago que hacía acrobacias en el aire. Tenía miedo de que entrara por la ventana y se levantó para cerrarla. Entonces...

"¡Crsss, crsss...!"

Edu oyó unas pisadas que se acercaban a la casa.

"¡Crrsss, crrsss...!"

Edu las oía cada vez más cerca.

"¡Crrrsss, crrrsss...!"

No había duda: alguien, o alguna cosa, se acercaba.



Edu miró por la ventana, pero no vio nada. Pensó que, tal vez, se trataba de algún animal perdido y cerró la ventana. Pero cuando estaba a punto de cerrarla completamente, entonces, vio una sombra siniestra que cruzaba la zona mejor iluminada por la luna. Era una figura humana, no había duda, y caminaba tranquilamente. "No pasa nada", pensó Edu. "Solo era un...". Pero aún no había acabado de pensar la frase cuando aquella figura oscura se detuvo. Se giró de golpe y clavó la mirada en los ojos de Edu. Entonces, con una sonrisa de oreja a oreja, Carla dijo:

—Buenas noches, Edu.

Por un momento, Edu se quedó inmóvil, como si un frío glacial le hubiera congelado todos los músculos. La niña, en cambio, se giró de nuevo y continuó su camino como si nada: "Crrrsss, crrsss, crsss...".

¿Adónde iba, o mejor dicho, de dónde venía aquella niña a aquellas horas de la noche? Edu estuvo pensando en ello horas y horas hasta que se durmió. No imaginó ninguna respuesta posible, ni mucho menos, pero sí que se convenció de una cosa: Carla era la niña más rara que había visto nunca.

